

LA PAZ DE JESÚS

*Manuel Pascual**

Don y anhelo

Los hombres anhelamos la paz desde lo más profundo de nuestro ser. Pero a veces ignoramos lo que esto significa, solo el tiempo, la experiencia y los encuentros nos permitirán ir comprendiendo de qué se trata. Partiendo de ese anhelo de paz, comprendemos cómo estamos abiertos y orientados a una manifestación en acción y palabras de aquel misterio sagrado que nos funda. La paz no resulta de la seguridad existencial jurídica y política, en el sentido de la palabra latina *pax* (de la misma raíz que *pactum*); ni tampoco nace de la relación armónica entre el individuo y la sociedad (griego bienestar). La paz es fundamentalmente un don del amor de Dios. Para comprender su significado hay que recurrir al mensaje bíblico de la paz.

El contenido de la paz está íntimamente unido a la imagen del hombre y de Dios. Es un anhelo de ser hombre en plenitud, es un anhelo de santidad y del Santo. La paz es el largo, bello y doloroso camino de ser hombre en plenitud. La plenitud no consiste en el mero desarrollo de capacidades, sino en la calidad y hondura de los encuentros, en encontrar al que nos estaba buscando, en ser amados por el que es nuestra plenitud. Comprender qué significa la paz es comprender qué significa la vida, es conocer a Dios, es saberse en sus manos, es comprender la incondicionalidad y gratuidad de su amor, es haber experimentado su misericordia y su ternura. Es un profundo anhelo de tranquilidad y plenitud, de integración, salud y armonía, de seguridad, posesión y encuentro, de proyección y esperanza.

* Sacerdote de Buenos Aires, Licenciado en Teología Dogmática y responsable de la vida consagrada en dicha arquidiócesis.

Para el hombre el problema no es solo el contenido de la paz sino los caminos que sigue para alcanzarla. Aun comprendiendo lo que significa, los caminos del hombre no son siempre los caminos de Dios; recordemos que la desconfianza en Dios, en que alguien esté ocupado en él, acompaña al hombre desde el principio. Jesús es la paz y el camino a la paz.

Shalom, significa estar completo, por eso para el hombre la paz es tan amenazada, tan parcial, tan fragmentada. El tiempo y el espacio, nuestras fragilidades y heridas nos condicionan y ponen de manifiesto la insatisfacción. Ella es la amorosa conciencia de no estar en la plenitud, pero estar destinados a ella; es la que nos impide confundir meta y camino, tranquilidad y plenitud. Hay adelantos, momentos, experiencias, pero no posesión plena; esta última está más allá, es el cielo, el objeto de la esperanza, que por definición es aguardar un bien, futuro, arduo y posible.

Para el hombre simple la paz significaba en sus primeros usos acabar una casa, saldar una deuda, cumplir una promesa. Preguntar, '¿estás bien?', es lo mismo que preguntar '¿estás en paz?'. El sentido más simple de la paz es la seguridad. Es la concordia fraterna, familiar, un amigo, 'el hombre de mi paz' (Sal 41,10). Es confianza mutua. Pronto se comprendió que no es la mera ausencia de conflicto, sino el estado del hombre que vive en armonía con la naturaleza, consigo mismo, con Dios.

Es un saludo que implica el deseo de todos estos bienes, materiales y espirituales. Es un estado que se ha de conquistar o cuidar. El triunfo sobre el enemigo, sobre la esterilidad, la curación de una herida. Es lo que está bien. La paz es la suma de los bienes otorgados a la justicia: tener una tierra fecunda, comer hasta saciarse, vivir en seguridad, dormir sin temores, multiplicarse, y todo esto porque Dios está con nosotros. Es plenitud de dicha por la presencia y cuidado de Dios.

En el horizonte de la historia de la salvación, la paz es un don del Señor del mundo y de la historia, la paz aparece como fruto de una presencia y acción más profunda de Dios. La paz consiste en la presencia amorosa y salvadora de Dios, acogida y consentida por su pueblo. Su centro para comprender es la idea de alianza. La paz garantizada por ella depende de la bondad de Dios y de la fidelidad humana a la alianza. Para mantener esta alianza no alcanza lo externo como la ley y el templo (Jr 6,17; 7,4; 8,11),

según afirman los falsos profetas de la paz, sino únicamente escuchar y abrazar los deseos y caminos de Dios (Is 48,18) junto al amor al prójimo, que solo se hace real con las obras (Is 58,6).

Si la paz es fruto y signo de la justicia, ¿cómo están en paz los impíos? La respuesta se dará a lo largo de la historia. Aparecerá como un bien cada vez más espiritual. La paz se espera de Dios, quien confía en él puede descansar en paz. Se obtiene por la oración confiada, pero también por obrar con justicia. En la primera etapa de llegada a la tierra prometida los jueces restituyen la paz que el pueblo pierde por sus faltas. David, el rey pacífico, libera el país de los enemigos y bajo su reinado se unen fraternalmente el norte y el sur.

Los profetas serán quienes velen para alcanzar la paz verdadera. El ideal se corrompe pronto y los reyes tratan de procurarse la paz, no como fruto de la justicia de Dios, sino con alianzas políticas. Los falsos profetas curan superficialmente la llaga del pueblo prometiendo una falsa paz: El don de la paz requiere un cambio de conducta. Progresivamente se va comprendiendo que es un don del futuro, este evangelio de la paz es realizado por el siervo sufriente (Is 53,5).

El garante de esta alianza, es el Mesías enviado por Dios para fundar un reino universal de paz (Is 9,5; Zac 9,9s). Ese reino es el único ámbito efectivo de la paz. En sus dominios las armas son transformadas en instrumentos de trabajo (Is 2,4; Miq 4,1). También son superadas las hostilidades naturales. La misma paz se hermana con la justicia para compartir con ella la soberanía de ese nuevo reino (Is 60,17). La figura de ese siervo adquiere rasgos cada vez más personales.

Para la reflexión sapiencial el problema de la retribución, quedará plenamente resuelto con la creencia en la vida futura perfecta y personal (Sab 2,21; 47-14).

La paz de Jesús

Con él irrumpe lo eterno en el tiempo, pero en el tiempo no entra la eternidad. Aun con la presencia de Jesús la paz sigue siendo un bien venidero. Por un lado, la paz se hace certeza, pero por otro se convierte en un doloroso camino, en el cual no se puede encontrar nido, ni terminar de

reclinar la cabeza. Jesús es presentado como el rey pacífico. Desde su nacimiento se anuncia la paz a los hombres (Lc 2,14), también durante la entrada en Jerusalén (19,38), pero en realidad su pueblo, no quiere o puede acogerlo como tal (19,42).

Como buen judío Jesús dice: ‘¡Vete en paz!’; pero con esta palabra devuelve la salud a la mujer que padecía hemorragias (8,48), perdona los pecados a la pecadora arrepentida (7,50), marcando así su autoridad sobre el poder de la enfermedad y del pecado. Jesús denuncia como los profetas toda seguridad engañosa (17,26-36). ‘¿Piensan que he venido a traer la paz a la tierra? No, sino la división’ (12,51). No vino a eliminar todos los conflictos, sino a sobreañadir la paz, la paz de la pascua (Lc 24,36).

Como el Antiguo Testamento, que veía en la presencia de Dios entre su pueblo el bien supremo de la paz, el evangelio de Juan reconoce en la presencia de Jesús, la fuente y la realidad de la paz. Cuando la tristeza invade a los discípulos que van a ser separados de su Maestro, Jesús los tranquiliza: ‘La paz les dejo, mi paz les doy’ (Jn 14,27); es el fruto de la entrega de Jesús (Jn 16,33). Esta paz no está ya ligada a su presencia corporal, sino a su victoria sobre el mundo; por eso Jesús, victorioso de la muerte, da con su paz el Espíritu Santo y el poder sobre el pecado (Jn 20,19-23).

En el comienzo de las cartas de Pablo ‘Gracia y paz’, unidas en sus saludos, afirman su origen y su estabilidad. La paz de Jesús reina en nuestros corazones, gracias al Espíritu que crea en nosotros un vínculo sólido (Ef 4,3). Todo creyente, ya justificado, está en paz por Jesucristo con Dios (Rom 5,1). La paz, como la caridad y el gozo, es fruto del Espíritu (Gal 5,22; Rom 14,17). Es la vida eterna anticipada acá abajo (Rom 8,6). Rebasa toda inteligencia (Flp 4,7), subsiste en la tribulación (Rom 5,1-5), irradia en nuestras relaciones con los hombres (1Cor 7,15; Rom 12,18; 2Tim 2,22).

Dios se compenetra de tal modo con su obra pacificadora, que ya no puede separarse adecuadamente su autor, de la paz concedida por él (Lc 2,14; Jn 14,27). Por esta razón, el mensaje bíblico de la paz culmina en las siguientes palabras de la carta de Pablo a los Efesios: ‘Él es nuestra paz’ (Ef 2,14). Esto explica también que la predicación sobre Jesús sea consi-

derada como el ‘evangelio de la paz’ (Ef 6,15) y que el Dios de este evangelio sea invocado como ‘Dios de la paz’ (1Tes 5,23; 2Tes 3,16; Rom 15,33; 1Cor 14,33).

Bienaventurados los que trabajan por la paz

Quien busca la paz se halla realmente ocupado en la búsqueda de Dios y es visitado por Dios. Y quien encuentra la paz está en Dios y Dios está en él. La paz es la revelación y autoentrega de Dios, con la cual manifiesta y afirma su amor a los hombres. La paz es la respuesta graciosa de Dios a la existencia humana, la síntesis de la manifestación de Dios a una humanidad ansiosa de comunicación y presencia. La paz es la plenitud de lo comunicado en Jesús, y representa el término de los esfuerzos del hombre empeñado por alcanzar su plenitud, e ir contribuyendo con Dios, desde ahora, a construir ese espacio de vida más allá de la historia.

Solo tiene paz y es instrumento de paz el que ha tomado conciencia de ser amado por Dios y obra movido por ese amor. La paz de Jesús, en su realización más íntima e inquebrantable pertenece al mundo futuro. Ella se manifiesta en esta vida sólo en la medida en que las realidades y las limitaciones de este mundo lo permiten. La humanidad entiende la paz y aspira a ella históricamente en medio del tiempo. Aun después de la encarnación espera su última manifestación y consumación. El hombre es un ser libre, que en la fe acoge la paz como un don. La condición de la paz definitiva, consiste en que los hombres consientan amorosamente a la acción amorosa y pacificadora de Dios en el tiempo, cuyo futuro absoluto de paz ya está alcanzado en Jesús, y aunque no puede anticiparse plenamente, puede sin embargo ser una fuerza y una luz orientadora de su acción en la historia.

El discípulo de Jesús tiende con todas sus fuerzas a establecer acá en la tierra la concordia y la tranquilidad. Esto se debe hacer sin ilusión. La Iglesia es el lugar, el signo y la fuente de la paz entre los pueblos, ya que ella es el cuerpo de Cristo y la dispensadora del Espíritu. Sólo la justicia delante de Dios y entre los hombres es el fundamento de la paz, ella suprime la desconfianza, origen de toda división.

El lugar del encuentro de paz con Dios en Jesús se da en la Iglesia. Procurar la paz es una forma concreta del amor al prójimo, que incluye

el perdón incondicional y hasta el amor a los enemigos. Quien desee acercarse a los demás para ayudarlos y no tenga en cuenta su complejidad, sus múltiples dimensiones y su integralidad, todavía no sabe quién es el hombre y lo puede dejar en duras intemperies. Todo lo vivimos en la tensión fundamental de la existencia entre el tiempo y la eternidad.

La paz humana proviene de circunstancias externas y tiene que ser atendida continua y fatigosamente, mientras que la paz divina procede de lo alto, es un don de Dios al hombre de buena voluntad (Lc 2,14). Pero sobre todo se encuentra la paz, cuando aceptamos ser lo que tenemos que ser. Cuando no resistimos a la realidad, sino que la abrazamos como amorosa expresión del actuar de Dios. Cuando aceptamos nuestra total dependencia respecto de Dios y a él nos abandonamos. Cuando consentimos en realizarnos a nosotros mismos volviendo hacia aquel para el que hemos sido hechos. Es un estado de ánimo que nace de la unificación sobrenatural de todas las tendencias humanas hacia un único ideal.

La paz no es solo superación de los conflictos, sino también construcción de la justicia; es creación de un mundo más justo y más pleno, porque el mismo progreso en el campo de la realidad creatural se entiende, se busca y se verifica también con vistas a una mayor humanización del hombre y a una situación histórica de mayor fraternidad. La tranquilidad en el orden, la paz, es fruto del ejercicio diario de la justicia.

La paz es una dimensión del amor

Se puede estar de acuerdo con que la paz de Jesús, en su realización más íntima e inquebrantable, pertenece al mundo futuro, y en que la paz se manifiesta en la vida terrena solo en la medida en que las realidades ultramundanas arraigan e influyen en el pensamiento y la acción de los cristianos. Pero hay que estar atentos a no exagerar ni poner de tal manera en primer plano esta dimensión de la paz que lleve a posponer, olvidar o menospreciar la dimensión terrena de la misma y su consecución. Sería un concepto más pero que no llegaría nunca a transformar la historia.

La paz cristiana no tiene otro camino viable que el camino del amor. Encarnada en el horizonte del amor, la paz gana toda la importancia que tiene el amor en cualquier concepción de la vida. Los frutos del Espíritu tienen que ser leídos desde la caridad, como ramas o dimensiones de

la misma. En este sentido no existe propiamente la paz, sino el amor pacífico.

Son dos las dimensiones del amor vinculadas con la paz y la justicia: El amor supera la cobardía y la justicia. El amor no se identifica con la disposición a ceder siempre, renunciando a una confrontación seria que permita el predominio de la verdad. La cobardía se identifica existencialmente con el miedo a emprender una acción, a enfrentarse con quienes impiden cualquier acción. Cobardía y miedo, se pueden esconder bajo la apariencia de humildad y resignación. Esto impide el cambio de las situaciones, identificando paz con inmovilismo histórico. Quizá uno de los más insidiosos equívocos que padecemos consista en vincular paz y justicia sin más. El amor enseñado por Jesús supera con mucho la justicia. El amor supera el orden. Cualquier orden histórico no puede aspirar a ser considerado un bien absoluto. El amor supera un orden esencialmente desordenado. La paz es fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar (GS 78).

El que ama es pacífico; y toda paz que no tenga como fundamento el amor, no puede ser llamada paz cristiana. Y el amor pacífico que no realice la fraternidad efectiva entre los hombres no es amor. La paz, herencia del Señor (Jn 14,27; 16,33), es un don que se ha de ofrecer (Mt 10,12; Lc 10,5), una tarea recíproca (Mc 9,50b) y con todos (Rom 12,18); es vocación común (Col 3,15); es bienaventuranza de los hijos de Dios (Mt 5,9) y también un componente del reino (Rom 14,17).

La unidad recuperada

El efecto más profundo que recibe el que se confía a la misericordia de Dios es una paz pluridimensional; una paz con Dios, consigo mismo, con los demás.

La paz con Dios, no es de ningún modo un simple gesto de perdón de las culpas en virtud de los méritos de Jesús que nos deja en nuestra condición de pecadores. Esta paz es el amor de Dios, Dios mismo, que se da para poder habitar en el hombre redimido. El Espíritu vuelve a convertirse en el principio sobrenatural de su existencia. La unidad con Dios realiza la unidad con uno mismo. El yo auténtico es recuperado no en la autonomía absoluta, sino en la dependencia total de Dios, que habita en el

hombre y transforma el ser humano a su imagen. La meta y la plenitud de la existencia humana se alcanzan dentro de esta dependencia; aquí es donde el hombre encuentra la condición de su equilibrio inicial, que es justamente la comunión con Dios ya aquí. Pero esta vida de comunión con Dios es auténtica únicamente en la medida en que se prolonga en los hermanos. La transformación interna del hombre debe abrirse al amor universal. Capaz de relaciones humanas responsables y generosas respecto a los demás. El verdadero culto exige la caridad fraterna (Mt 5,25-35).

La paz es aspiración constante de toda convivencia y comunidad: una paz entendida no tanto como ausencia de contrastes, inevitables en el plano humano, sino como conciliación de las diversidades personales en la comunión profunda, que es don del Espíritu. Esta paz es también misericordia, por ser el fruto de una actitud interior de humildad, que hace que cada uno se reconozca limitado, pecador, necesitado del perdón de Dios y de los hermanos.

María es aquella donde el Padre nos puede al fin ofrecer su paz, ella acoge a Jesús en su corazón, en su vida y lo acompaña en su estrecho camino. Ella es testigo privilegiado al pie de la cruz de la paz ofrecida al hombre, aun en su momento de mayor crueldad y desconfianza. Ella es capaz de irradiar su paz y de congregar en torno a sí, a los dispersos y asustados discípulos, para poder disponerlos al don y a la acción pacificadora del Espíritu.